

## Historia y economía: de un matrimonio fallido a un divorcio imposible\*

Serge Latouche\*\*

“La historia es el producto más peligroso que haya elaborado la química del intelecto (...) La historia verifica lo que uno quiere, no enseña rigurosamente nada, porque contiene todo y da ejemplos de todo.”

Paul Valéry<sup>1</sup>

Desde los fisiócratas hasta Walras, el núcleo duro de la ciencia económica se corporiza en el proyecto de una física social. Ese proyecto conlleva una antinomia insoportable. En tanto física, la economía toma la forma de un corpus de leyes transhistóricas, mientras que, en tanto social, pierde el status de ciencia (al menos en el paradigma dominante).

La ambición de historizar la teoría o simétricamente de cientificar la historia económica es una constante en la historia de la economía.

El objetivo de esta contribución es el de mostrar por medio del análisis de ejemplos (en particular el de la escuela de la regulación y el de la escuela de Max Weber) por qué y cómo esta apuesta imposible condena a los economistas que la intentan al camino de la heterodoxia.

En *El Banquete*, Platón imagina un andrógino original en quien la escisión daría cuenta al mismo tiempo de la atracción de los sexos y de la dificultad para cada uno de encontrar su otra mitad. Cuando la filosofía moral original se escindió en el siglo XVIII en ciencia económica e historia (o ciencias

---

\* El presente artículo fue publicado con el título: “Histoire et économie: d'un mariage raté à un divorce impossible, les malentendus d'une cohabitation conflictuelle”, en *Économies et Sociétés. Histoire quantitative de l'économie française*, Serie A.F., n° 22, 4-5, 1996, pp. 337-353. Fue traducido del francés para la revista *Ciclos*, por Ana Teresa Pfeiffer.

\*\* Université Paris XI, Francia.

1. Paul Valéry, *Regards sur le monde actuel*, París, 1962, p. 40.

históricas, sociales o políticas) sucedió algo semejante. Transformándose en una *física social*, la economía intentaba descubrir las leyes eternas, aespaciales y transhistóricas de la gravitación universal de las mercancías en el seno del universo social y se dedicaba a establecer fórmulas rigurosas, e incluso de ser posible, bajo la forma de ecuaciones matemáticas. Sin embargo, anclada en la sociedad, no podía escapar a la contingencia de las instituciones, a la complejidad de la psicología de los agentes, a la diversidad de las culturas y quizás a la aleatoriedad de los hechos, en síntesis, a la historicidad. El divorcio de la historia produce *ipso facto* una escisión problemática con las otras ciencias morales y políticas, y en particular con la etnología y la sociología. Según la lección de Paul Veyne,<sup>2</sup> se puede decir como primera aproximación, que la etnología es una sociología de los pueblos sin historia y que la sociología es la historia del presente (y por supuesto que la historia es la etnología y la sociología del pasado...). La economía y la historia están entonces condenadas a buscarse, a intentar diversas aproximaciones e incluso a esbozar relaciones. Estas relaciones, sin embargo, están siempre condenadas al fracaso. Los equívocos de esa cohabitación difícil y conflictiva comienzan prácticamente en el mismo instante en que se consuma la escisión fundacional. Augusto Comte, como se sabe, rechaza el esquematismo abstracto de la economía política ricardiana y crea en cambio la *verdadera* ciencia de la historia humana, la sociología. Wilhelm Roscher con el nombre *homo oeconomicus* estigmatizaba a la nueva especie de animal calculador inventado por los economistas clásicos, e intentó una primera relación entre historia y economía con la creación de la escuela alemana. Ese intento, que se repite con la nueva escuela histórica, con el institucionalismo alemán y estadounidense, con los neo-institucionalismos, y hasta con las tentativas actuales de la escuela de las convenciones y de la *New Economic History*, fracasó. La ciencia económica progresó volviéndose más abstracta y más matemática aun, más descarnada y más a-histórica. Las ofensivas de los historiadores economistas y de los economistas historiadores, rechazadas por los econométricos para aclimatar "el método positivo en economía", según la ambición de François Simiand, que quería hacer de la economía la "ciencia de la realidad económica", no tuvieron mejor suerte, a pesar de sus resultados innegables. Por otra parte, el materialismo histórico inaugurado por Marx, de acuerdo con una célebre formulación de Lenin, era la ciencia de la historia que terminaba, abolía y superaba (la famosa *aufhebung* hegeliana) a la economía política inglesa, a la filosofía de la historia alemana y al socialismo utópico francés. No se puede decir, a pesar de sus indiscutibles resultados, que ese programa de investigación haya logrado realizar sus ambiciones iniciales. Su tímido retorno, a partir de nuevos esfuerzos, con la escuela regulacionista no logró tampoco sellar la unión definitiva que se esperaba.

Por el lado de los historiadores, el concubinato dio a luz algunos buenos

---

2. Paul Veyne, *Comment on écrit l'histoire. Essai d'épistémologie*, París, Seuil, 1971.

retoños, pero no eliminó los equívocos ni el rencor ni la frustración.<sup>3</sup> No se trata, en el marco restringido de esta contribución, de recordar todas las peripecias de este largo e inevitable malentendido. Pero antes de precisar las razones fundamentales de esta no-relación y la imposibilidad del divorcio, evocaremos a título de ilustración dos tentativas particularmente interesantes según pensamos, la de los regulacionistas franceses y la de Max Weber. Estos dos ejemplos ilustran la situación incómoda, e incluso paradójica, de la *heterodoxia* en la economía.

## I. *Dos tentativas de matrimonio: de la imposible historización de la economía al rechazo de la economización de la historia*

Escriben Pierre Dockès y Bernard Rosier:

“El recurso a la historia, tiene que permitir un análisis económico hecho de otra manera, una manera que lo especifica en el tiempo y en el espacio, le devuelve el espesor de la larga duración, lo integra en el movimiento social, el juego de las conflictualidades y en una temporalidad de lo irreversible; la del aprendizaje y de la memoria de los acontecimientos que dependen del pasado, la de la innovación; en vez de achatarla en las modelizaciones a-históricas, olvidadizas de lo social, sin gran pertinencia y débilmente heurísticas”.<sup>4</sup>

Tal es la ambición de todos los que quieren *historizar* la economía. La elección de los regulacionistas y de Max Weber para ilustrar nuestro análisis no fue totalmente arbitraria. Dejando de lado la *New Economic History*, todas las tentativas de historizar la economía condenan a sus autores a la heterodoxia.

Todas las heterodoxias, en cambio, no le otorgan necesariamente un espacio a la historia. Esto sucede con los “circuitistas”<sup>5</sup> y en menor medida con los neo-ricardianos o los sraffianos. La *New Economic History* no constituye

3. “No dejamos de cortejar a los economistas”, me decía triste, en cada encuentro, Jean Bouvier, “pero nos ignoran y no nos quieren”.

4. Pierre Dockès y Bernard Rosier, “Histoire ‘raisonnée’ et économie historique”, *Revue économique*, nº 2, París, PFNSP, 1991, p. 182.

5. Este análisis se desarrolló especialmente en Francia por discípulos de Keynes, a veces llamados “transkeynesianos” (B. Schmitt, F. Poulon, A. Parguez, B. Vallageas). Éstos se esforzaron por retomar las intuiciones presentadas por Keynes, en particular en *El Tratado de moneda* (1932). El juego económico se desenvuelve fundamentalmente entre tres agentes: las empresas, los bancos y los asalariados/consumidores. Las primeras anticipan la producción y se endeudan con los bancos para pagar a los asalariados y fabricar bienes y servicios. Los segundos crean moneda en esta ocasión, moneda que les volverá al final del circuito cuando las empresas, habiendo vendido las mercaderías producidas a los asalariados/consumidores, devolverán sus deudas.

una excepción a la regla, puesto que se trata menos, para North y sus discípulos, de *historizar* la economía que de *economicizar* la historia. Postulando la transhistoricidad del *homo œconomicus* y la universalidad de la racionalidad económica, esta corriente reduce todas las organizaciones sociales existentes en la historia a meta-mercados, más eficaces que el mercado de la teoría pura en contextos culturales diferentes.

La escuela de la regulación de origen francés, constituye en cambio, una tentativa reciente y muy dinámica, de renovar la historización de la ciencia económica. Seguramente, se podría haber elegido la escuela llamada de las convenciones, esa forma hexagonal del neo-institucionalismo. Ella es también uno de los refugios de la heterodoxia con la que los regulacionistas establecieron alianzas. A pesar de que esta escuela nació de una reflexión sobre la historia de los conceptos estadísticos con Desrosières y Salais, y que la elaboración de las *instituciones* supone una mínima construcción histórica, sin embargo, el recurso a la historia es de todas maneras limitado. Se trata más bien de precedentes para la construcción de las condiciones del buen funcionamiento de los mecanismos económicos, y en particular del mercado intemporal, que de una dimensión esencial de la economicidad. Tiende incluso a disolverse pura y simplemente en la lógica atemporal de una teoría de los juegos que funciona como *meta-teoría* con respecto al estándar de lo económico (véanse los trabajos de Olivier Favreau, por ejemplo).

En cuanto a Max Weber, representa para ciertos intelectuales, y economistas, el éxito más convincente de lo que se puede hacer en lo que concierne a la ciencia social. Se puede sostener que realiza una verdadera síntesis de la economía y de la historia. Sin embargo, los economistas no lo reconocieron como uno de los suyos y lo relegaron a las *tinieblas* de la sociología. Ese trágico destino esconde una lección ejemplar.

### 1. *Los regulacionistas o la historicidad imposible de la economía*<sup>6</sup>

Con el nombre de escuela de la regulación, se designa a un conjunto heterodoxo de economistas de diferentes ideologías y que pertenecen a varias filiaciones: marxistas de primera línea como Paul Boccara en Amiens y Gérard Destanne de Bernis en Grenoble, de inspiración más keynesiana como Michel Aglietta y Robert Boyer, o más eclécticos todavía como son las prolongaciones recientes de la escuela desde el Japón, hasta discípulos en América Latina y Canadá. El rótulo se justifica por lo menos en cuanto a la adopción por parte de ellos de referencias comunes como las de modo de regulación y régimen de acumulación. En la teoría de la regulación clásica, la apertura de la economía

6. Para esta parte nos hemos apoyado en nuestra exposición en el coloquio de Barcelona sobre la teoría de la regulación (16-18 de junio de 1988) titulada "Ensayo sobre los límites del análisis regulacionista en el contexto de la crisis contemporánea", publicada en la *Revue du MAUSS*, 1989, nº 3, y en el *Journal of Regional Policy*, Nápoles, marzo de 1989.

hacia la historia y la sociedad se desarrolla introduciendo formas institucionales, y en particular el estado, las relaciones sociales, en especial la relación salarial y finalmente la moneda.

Estos elementos, a su vez, se historizan tomando los análisis de los historiadores profesionales o de los antropólogos, que suelen ser construcciones sabias y juiciosas. Citemos como ejemplo de esos valiosos éxitos, para la moneda, la primer parte de *La violencia de la moneda* de Aglietta y Orléan (1982), o *La liberación medieval* de Pierre Dockès (1979) para las relaciones sociales.

Sin embargo, la exterioridad de esos elementos con respecto a la economía se mantiene inmodificada. Esta exterioridad se debe al hecho de que la economía existe o sigue existiendo como un espacio autónomo con respecto a ellos. Esta configuración define y sitúa a estos elementos como exógenos y les imprime en última instancia su naturaleza.

El resultado de esto, es que, contrariamente a lo que sucede en su funcionamiento, la historicidad de los elementos en sí mismos no se piensa ni se tiene en cuenta en el análisis real. Lo mismo sucede con el concepto de estado o el concepto de trabajo, por ejemplo. La aprehensión del cambio histórico de la economía se enfrenta de esta manera a límites derivados del malentendido epistemológico sobre la articulación entre la teoría económica y la historia.

Numerosos comentaristas de los trabajos de la escuela regulacionista señalaron que las referencias a la historia, en particular a períodos de larga duración, eran muy numerosas, pero que el análisis resultaba muy poco histórico. Sin embargo, existen en general importantes desarrollos históricos con apoyo de análisis económicos; a veces incluso se inclinan directamente hacia la historia de los historiadores; sin embargo, el análisis económico en sí mismo, no está historizado en profundidad de la misma manera.

La ambición explícita es la articulación entre la teoría económica y la historia; de lo que se trata es de alimentar el abstracto análisis económico con la *carne* histórica al mismo tiempo que se dota a la historia del rigor de los mecanismos económicos. Este deseo se manifiesta en la propia estructura del modelo. La introducción de elementos institucionales no se puede lograr sin integrar la dimensión manifiestamente histórica de los mismos. Podemos ilustrar esto con la segunda parte de la obra ya mencionada de Aglietta y Orléan, *La violencia de la moneda*, o la de Pierre Dockès y Bernard Rosier, *Rythmes économiques, crises et changement social. Une perspective historique*, París, Maspero, 1983.<sup>7</sup>

Las profesiones de fe que afirman que la realidad social es un *todo*, en el que no se puede recortar arbitrariamente ni privilegiar un campo exclusivamente económico y menos aún autonomizar una instancia técnica, son una

7. Véase también nuestro informe de esta obra en *El hombre y la sociedad*, n° 69/70, julio-diciembre 1983.

legión. La trama de la historia y la fuente de sus dramas está formada no sólo por relaciones económicas, sino también por relaciones sociales. Las luchas de clases se articulan sobre los mecanismos económicos para modificar el funcionamiento de la máquina y engendrar aquello inédito que conforma la especificidad de la historia.

¿El hecho de volver a darle un lugar central a los movimientos de larga duración caros a Fernand Braudel, e introducir el telón de lo institucional resulta suficiente para garantizar la historización del mundo? Debemos constatar que la fusión proclamada y reclamada de la economía y de la historia por la crítica del economicismo no se ha realizado aún verdaderamente. Por ejemplo, a propósito de *La violencia de la moneda*, la obra que más fuertemente rechaza al economicismo, todos los comentaristas señalan que la segunda parte no tiene prácticamente relación con la primera. El análisis psicosociológico de la moneda no penetra en el corpus económico armado a posteriori. Los estudios subsiguientes de Aglietta sobre los problemas monetarios internacionales confirmaron el abandono total de la vía abierta y una vuelta al análisis económico más convencional.

Este diagnóstico es confirmado a través de los análisis sobre la crisis del modo de regulación y sus resultados. Los regulacionistas son más bien optimistas; evitan en general el catastrofismo un poco mecánico de las viejas guardias marxistas, que a cada sobresalto del capitalismo profetizaban la crisis final. Sin embargo, esta capacidad de reorganización de nuevas etapas de acumulación y de invención de nuevos modos de regulación de la formación económico-social moderna no se debe tanto a una creatividad y vitalidad societales no analizadas, como a fuerzas endógenas de la propia máquina económica. Dicho de otra manera, las virtudes artificialmente introducidas por los economistas en la construcción del dispositivo teórico de la economía, se atribuyen a la propia realidad. No imputamos a los regulacionistas la creencia según la cual las formaciones económicas y sociales modernas se autorregularían. Esto significaría un desconocimiento de los fenómenos sociales y algo absurdo. Cuando se tiene en cuenta solamente el automatismo de los mecanismos económicos, la dinámica social resulta tergiversada.<sup>8</sup> El objeto de la regulación es precisamente, la resolución de las disfuncionalidades que surgen justamente porque esa *máquina* no ocupa ni puede ocupar la totalidad del espacio social.

Esto marca una diferencia importante con la o las teorías económicas liberales y justifica que se hable de heterodoxia cuando se trata de los regulacionistas. Para los liberales, la economía es no sólo autorreguladora de su propio campo, sino también de la totalidad social, ya sea que la domine de manera imperialista, o bien que la absorba. Las escuelas de Chicago con Gary Becker y la de Virginia con James Buchanan ilustran esta postura extrema.

La dificultad de los regulacionistas para pensar en la crisis del estado y sobre todo para modificar su dispositivo en consecuencia, ilustra esta situa-

---

8. S. Latouche, *Faut-il refuser le développement?*, París, PUF, 1986.

ción. Se sabe que la introducción del rol del estado en el funcionamiento de la economía es el lado fuerte de sus análisis. Ellos se preguntan incluso acerca de su naturaleza y hacen referencia aquí y allá a su historia. La mundialización del sistema económico produce el debilitamiento del rol actual del estado lo que comporta una crisis de las políticas económicas nacionales que habían generado importantes desarrollos. Sin embargo, la desaparición de los sistemas productivos nacionales no impide que la nueva regulación se delinee dentro del marco de un orden nacional estatal planteado como una necesidad inmutable. Aun vaciada de contenido, esta instancia sigue siendo aquella en la que se anuda de manera privilegiada la trama social. El resultado será un repliegue sobre sustitutos del estado-nación, ya sea en el nivel inferior, la economía regional o local, o bien en el nivel superior, un estado mundial, como lo llama Lipietz, especie de maestro mayor de obra de un fordismo planetario. Dado que la economía política es el fruto adúltero de un largo concubinato entre el estado-nación y el mercado, es difícil despedirse del marco estatal sin darle licencia a la propia economía política. ¡Para que haya riqueza de las naciones, es necesario que haya naciones! Analicemos los cambios del rol del estado, todo lo que se quiera, pero, ¡por Dios! guardemos el envase, aunque sea vacío. Por otra parte, es posible conjurar el espectro embarazoso de la transnacionalización monstruosa, subrayando que la mundialización es una dimensión permanente del sistema capitalista desde su origen como lo señaló Braudel. De esta manera, la desterritorialización a la que se asiste actualmente representa una nueva mutación de la dinámica social planetaria.

El no tener en cuenta la historicidad del marco nacional-estatal no es un olvido de la historia, es el resultado último del rechazo de pensar la historicidad de lo económico. El fracaso del proyecto de fusión de la economía y de la historia se debe a que en el escenario de la historia se juzgó indispensable hacer aparecer a la economía bajo la forma de la *máquina* económica. Entendámonos, no se trata de repudiar la evidente especificidad de un territorio, incluso con la desaparición de sus fronteras, ni tampoco de negar ciertos aspectos mecánicos dentro de ese espacio. Se trata de la autonomización necesaria e inevitable de ese campo, una vez que se postuló su funcionamiento automático. Es necesario tener en cuenta a Jacques Lesourne,<sup>9</sup> orfebre en la materia, cuando declara: "El núcleo duro de la teoría económica ignora la historia". Aun rechazando esta idea poco digerible del núcleo duro, los regulacionistas no pueden evitar un cierto imperialismo de la economía que constituye la esencia del economicismo. El *papa* de la secta, Robert Boyer,<sup>10</sup> puede proclamar con razón que la economía no puede olvidarse que ella se inscribe en la historia; el matrimonio esperado no sucedió.

---

9. S. Latouche, "Les ruses de la raison et les surprises de l'histoire. Marx, Keynes et Schumpeter, théoriciens de l'imperialisme", *Cahiers d'économie politique*, nº 10-11, París, 1985.

10. R. Boyer, "L'économie peut-elle oublier qu'elle s'inscrit dans l'histoire?", *Problèmes économiques*, nº 2167, 21 de marzo de 1990, París, La Documentation française, 1990.

## 2. Max Weber o el rechazo por la institución

El caso de Max Weber es muy significativo en cuanto al destino del matrimonio entre la historia y la economía. Sufre la suerte de sus predecesores, los historicistas y los institucionalistas, pero, por la amplitud de su desarrollo intelectual, toma un relieve propio. Generalmente, se clasifica a Max Weber junto a dos gigantes, sus cómplices y rivales, Werner Sombart y Georg Simmel, bajo el rótulo de "sociología comprensiva". Sin embargo, Max Weber protestó toda su vida contra su clasificación como sociólogo. Enseñaba economía y la lectura de su *Síntesis de una historia universal de la economía y de la sociedad* publicada en francés con el título *Historia económica*, da cuenta de una indiscutible competencia económica.<sup>11</sup> No es una casualidad que su obra maestra y monumental, lamentablemente inconclusa, se titule *Economía y sociedad*.<sup>12</sup> Aunque Max Weber se esfuerza en explicar la emergencia de la economía moderna, con el ímpetu que se le conoce, y que no se reduce a la conocida tesis a menudo mutilada de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, no por ello rechaza la economía neoclásica. Considera que corresponde perfectamente a las leyes del funcionamiento de la economía racional moderna.<sup>13</sup> El inconveniente está en que Max Weber relativiza esas leyes, que para él no son el alfa y el omega del universo social, y son estas limitaciones las que restringen la majestad de la ciencia económica.

Sin embargo, Max Weber dice pertenecer también al individualismo metodológico, base del método de razonamiento de la economía ortodoxa. Es a través de esta adhesión de Weber que Talcott Parsons y más recientemente Raymond Boudon se consideran discípulos del maestro. Aquí el malentendido es total. Max Weber no hace lo que dice hacer. Su epistemología *diurna* no se corresponde con su epistemología *nocturna*, como lo hubiera dicho Bachelard. El individuo sobre el que razona apenas es un *homo oeconomicus*, es un hombre socializado por la historia y que hace la historia como la historia lo hizo a él. En los fascinantes análisis de Max Weber hay mayor holismo implícito que individualismo metodológico explícito. Cornelius Castoriadis,<sup>14</sup> que se reconoce con justicia, como heredero de Max Weber, explica muy bien esta cuestión. Rechaza explícitamente el individualismo metodológico y no pierde ocasión para denunciar el reduccionismo de la ciencia económica. No es extraño en estas condiciones, que los economistas hayan rechazado considerar a Max Weber como uno de los suyos. La introducción, incluso en altas

---

11. M. Weber, *Histoire économique. Esquisse d'une histoire universelle de l'économie et de la société*, París, Gallimard, 1991 (1ª edición alemana, 1923).

12. Publicada parcialmente en francés con ese título en la editorial Plon, 1971.

13. R. Swedberg, y M. Granovetter, "La sociologie économique. Les propositions fondamentales de la sociologie économique", *Revue semestrelle du MAUSS*, París, La Découverte, 1er semestre 1994.

14. C. Castoriadis, "Individu, société, rationalité, histoire", en *Les carrefours du labyrinthe. III. Le monde morcelé*, París, Seuil, 1990.



dosis, de economía, o de razonamientos económicos en el tratamiento holístico de la realidad social, no alcanza para obtener el rótulo de economista. No se es economista a medias. Es economista sólo aquel que es únicamente economista.

## II. Las razones del divorcio y de la ruptura imposible

Las lecciones del análisis de los casos de Max Weber y de la escuela de los regulacionistas iluminan sobre las razones del divorcio y de la imposibilidad de ruptura: el núcleo duro de la ciencia económica no permite divisiones ni compromisos, sin embargo, el desfase serio entre los acontecimientos y el universo encantado de la economía pura exige constantemente la reintroducción de la historicidad.

### 1. Las razones de un divorcio

El divorcio se debe por cierto a la existencia de un núcleo duro que excluye a la historia de su constitución interna, y esto se manifiesta no sólo en el modelo teórico de la economía pura, sino también, y de manera más insidiosa, en los modelos empíricos ya sean éstos, análisis coyunturales o de política económica.

John Stuart Mill, el economista-filósofo que sin duda reflexionó más acerca del estatuto de la ciencia económica, formula claramente la hipótesis de la autonomía, su significado y las condiciones de su validez:

“Existen, por ejemplo, una amplia especie de fenómenos sociales en los cuales las causas determinantes más inmediatas son en primer lugar aquellas que actúan por el deseo de enriquecimiento, en el cual la principal ley psicológica, familiar a todo el mundo, es que se prefiere una ganancia mayor a una menor. Entiendo por esto, aquel aspecto de los fenómenos de la sociedad que resultan de operaciones industriales o productivas de los hombres y de aquellos actos por los cuales se opera la distribución de los productos de esas actividades industriales, en tanto no esté realizada por la fuerza o modificada por la donación voluntaria”.<sup>15</sup>

Disociando de esta manera las conductas interesadas y los actos que devienen del resto de la realidad social, sería posible explicar y prever, de acuerdo con Stuart Mill, los fenómenos concernientes a esa esfera arbitrariamente recortada de la vida colectiva haciendo abstracción del resto. “Se puede de esta manera” —concluye— “constituir una ciencia que ha recibido el nombre de economía política.”

15. J. S. Mill, *Système de logique*, París, Alcan, 1989, t. 2, pp. 485-496.

El núcleo duro queda así claramente definido. Es una combinación de dos definiciones; una, que la hace desde el campo de la economía, según la célebre fórmula de Jean-Baptiste Say, y la otra, no menos célebre, de Lionel Robbins, que la hace desde la conducta. Los neoclásicos no tendrán que agregar prácticamente nada a esto. Es necesario medir la implicancia de este golpe de mano, presentado como una decisión totalmente razonable. Implica antes que nada una elección antropológica. En el interior del espacio económico, condicionado por su autonomía, reinará de manera exclusiva, un individualismo/utilitarismo que se podría llamar banal u ordinario, como cuando se habla de racismo ordinario. En el frontispicio del paraíso de los economistas está escrito en letras monumentales: "Aquí no entran más que unidades individuales calculadoras". Es partiendo de ese atomismo social, que se pueden construir en el interior de esta esfera entidades colectivas eventuales sobre la base de contratos libremente negociados (las convenciones) o de cálculos del tipo de los del dilema del prisionero y la teoría de los juegos. Esto implica entonces *ipso facto* un método: el individualismo metodológico. La esfera económica es la base del razonamiento, mientras que, al mismo tiempo, se construye a su vez, de deducción en deducción, la esfera de la racionalidad como la esfera económica de punto de partida.

Subrepticamente, en esa elección inicial, se introduce toda una filosofía: la armonía natural de los intereses. Las consecuencias de esa opción determinarán las situaciones de referencia de la disciplina, y particularmente el equilibrio. Aunque Stuart Mill, como buen lógico, denuncia el sofisma de composición gracias al cual se va a abrir la brecha de la heterodoxia keynesiana, la ausencia de referencia de base a una visión holística permitirá neutralizar *de facto* a ese aguafiestas. La "mano invisible" quedará como dogma fundador, en la medida en que es un postulado necesario para la construcción de la autonomía de la esfera económica. La ley de los mercados de Jean-Baptiste Say es una consecuencia natural de esta armonía fundadora. El equilibrio generado por la competencia de los intereses individuales es no sólo una situación instantánea, sino también un modo de funcionamiento y una modalidad de crecimiento. No se trata aquí de una presentación caricaturesca de un abordaje de la economía, sino de lo que constituye la posibilidad de su existencia.

Esto es tan cierto que la propia realidad tuvo que transformarse en el *tipo ideal* de la teoría. Como lo señaló Karl Polanyi, la economía moderna de mercado del capitalismo mundial, se esforzó por reencontrar su concepto, soltando las amarras de lo social y de la historia y emancipándose de todas las ataduras y coerciones para realizar la autorregulación. Los colegas *ortodoxos* declaran satisfechos que la regulación, de la que acusan a los disidentes de exagerar, no es más que otro nombre del equilibrio. Este desconocimiento de los análisis de los regulacionistas traduce una intuición fundamental: no se puede prescindir del universo fundador y referencial sin salir de la economía. La realización de ese universo referencial es totalmente caricaturesca, aunque después del fracaso de la "gran transformación" profetizada por Polanyi que debía finalizar con la era del mercado, se asiste a un

retorno fortalecido de la lógica del mercado. Sin embargo, de desreglamentaciones en desregulaciones el mundo mercantilizado está lejos de parecerse a la bella máquina teórica (ya sea que se haga referencia a la de Walras o a la de Hayek).

Por supuesto, los muy numerosos economistas (son sin duda la mayoría), que se interesan en la política económica o en la explicación de la coyuntura, no se sienten atados por lo que les parece una visión abstracta, esquemática y reduccionista. Trabajan con los datos, las estadísticas para construir con ellos una modelización preocupados por la eficiencia o la pertinencia. Los hechos, las observaciones e incluso los razonamientos realistas sobre las conductas encuentran de esta manera su espacio en la inmensa cantidad de trabajos denominados "económicos". Sin embargo, a la vuelta del camino, aparece inevitablemente el núcleo duro que permite dar consistencia económica a esos análisis de inspiración ecléctica. Los conceptos básicos, que uno no puede rechazar sin correr el riesgo de salirse de la economía, están entrampados en un campo semántico común estrechamente asociado al núcleo duro.<sup>16</sup>

Es así como se explica la paradoja de la heterodoxia en la economía. En efecto, es posible clasificar la casi totalidad de los economistas franceses entre los heterodoxos, como lo hacen Jean Weiller y Bruno Carrier.<sup>17</sup> Efectivamente, pocos son aquellos que no tuvieron suficiente sentido común como para tomarse alguna libertad sobre el modelo estándar. Sin embargo, es más plausible considerar con Pascal Combemale<sup>18</sup> que la heterodoxia es insostenible, sin correr el riesgo, como Max Weber y la corriente anti-utilitarista de salirse de la economía política.

## 2. Las razones de la imposibilidad de la ruptura

La ruptura total entre historia y economía es a pesar de todo, imposible. Para empezar, los historiadores no la quieren, y los economistas tampoco pueden desearla.

De parte de los historiadores, se vio que si el enlace no es deseado, en cambio, el concubinato es buscado. Los historiadores cortejan literalmente a los economistas. Esto no es sólo un hecho en la escuela de los Anales, sino en el conjunto de la profesión, sin hablar de esos márgenes necesarios de cohabitación que representan la historia económica propiamente dicha y la

16. S. Latouche, "La construction de l'imaginaire économique", *Les cahiers de l'ANDESE. Vie et sciences économiques*, nº 140-141, 1<sup>er</sup> semestre, 1994.

17. J. Weiller y B. Carrier, *L'économie non conformiste en France du XX<sup>ème</sup> siècle*, París, PUF, 1994.

18. P. Combemale, "L'hétérodoxie n'est plus ce qu'elle était", en *Pour une autre économie, Revue semestrielle du MAUSS*, nº 3, París, La Découverte, 1994; "L'hétérodoxie: une stratégie vouée à l'échec?", en S. Latouche (comp.), *L'économie dévoilée*, París, Editions Autrement, 1995.

historia del pensamiento económico (la cual, con la historia intelectual de la economía política de un Jean-Claude Perrot,<sup>19</sup> puede tomar una amplitud insospechada).

Renunciando a la historia de los tratados y de las batallas, Lucien Febvre, Marc Bloch y sus discípulos cayeron literalmente en la economía por una cantidad de razones, entre las cuales las principales son las siguientes: tomar distancia respecto de la visión tradicional para ocuparse de las realidades profundas de lo cotidiano, incluyendo las mentalidades, era encaminarse hacia la economía; lo cotidiano de los tiempos modernos es ante todo económico. En segundo lugar, influenciados por el marxismo y el materialismo histórico, esos historiadores pensaban, no sin razón, que las realidades económicas son ampliamente determinantes de la totalidad de la vida social incluso de las mentalidades. Finalmente, se agrega a lo anterior una razón metodológica: la preocupación por la rigurosidad y la seriedad, que constituyen el honor del oficio de historiador, descansa sobre la recolección de datos; pero, por otra parte, la economía, con la ayuda de las estadísticas es una gran proveedora de datos que además son datos cuantificables. En una época en donde reina la idea de que no hay ciencia más que de lo mensurable, ¿se puede soñar algo mejor? Los historiadores de la escuela de los Anales, a quienes se acercaron otros, hicieron y hacen una utilización masiva, no siempre crítica ni muy pertinente, de los *datos* económicos.

De manera más general, la historia, incluso la más tradicional, no se halla satisfecha con la sola presentación de los hechos compilados y estéticamente dispuestos. El historiador busca explicar los hechos y los sucesos y, llegado el caso, ofrecer una comprensión. En esto la historia parece aspirar a la científicidad social, e incluso ser la ciencia social. La economía política constituye en esta marcha un auxiliarpreciado e irremplazable, aunque ambiguo. El historiador busca en el corpus teórico de la economía *mecanismos* cuyos alcances explicativos sean indubitables para iluminar los hechos. Un ejemplo trivial: ningún historiador del siglo XVI se priva de la referencia a la teoría cuantitativa de la moneda para hacer comprender la inflación generada por el oro de las Españas. Sin embargo, a diferencia del economista historiador (tipo New Economic History), el historiador no se siente atado por un deber de lealtad respecto del núcleo duro de la teoría económica. Su deontología, por el contrario, lo presiona a consumir lo que necesita para construir sus montajes y hacerlos lo más creíbles posible, sin comprometerse en la trampa de una autonomía disciplinaria cualquiera. No tiene la misma concepción de la científicidad ni de la explicación/comprensión que tiene el economista.<sup>20</sup> Mientras que el economista investiga leyes universales y relaciones rigurosas,

---

19. J.-C. Perrot, *Une histoire intellectuelle de l'économie politique*, París, Éditions de l'EHESS, 1992.

20. Según Marc Bloch, la historia, si no es una ciencia, es un "estudio realizado científicamente"; cf. Marc Bloch (1963), citado por Dockès y Rosier, *op. cit.*, p. 183.

y si fuera posible, formalizables o cuantificables y necesariamente abstractas, según el supuesto ideal de la física, el historiador busca acumular convincentes iluminaciones de los hechos singulares. Sitúa su cientificidad en el rigor de los métodos para establecer los hechos; en lo que respecta a su actuación es deliberadamente retórica y no lógico-matemática. El método seguido en *Capitalismo y civilización material*, con sus tres niveles, ilustra magníficamente esta diferencia. Se trata de una construcción muy interesante respecto de su estatuto problemático. Aunque se deje seducir por el inmenso talento de un Braudel, el economista no dejará de sentirse molesto por el incorregible eclecticismo de la visión histórica. Los tres niveles braudelianos interpelan todos al economista, pero no corresponden a ningún recorte conocido de la teoría económica, que se interesa sólo del segundo.<sup>21</sup> Es así como el concubinato es notorio, pero el malentendido es total.

Por el lado de los economistas, la necesidad de la historia no es menos tormentosa. Proviene del desfase cada vez más insoportable entre la teoría y las pruebas de los hechos. Los presupuestos sobre los que descansa la construcción del núcleo duro llevan a ignorar tres conjuntos de hechos importantes que están en el seno de la economía contemporánea: los desequilibrios, las crisis y las fluctuaciones, el sub-desarrollo y la especificidad de la moneda. Robert Boyer llega incluso a la idea de que con la crisis del modo de regulación keynesiano-fordista, la historia invade la totalidad del campo económico a través de la teoría de las anticipaciones, los nuevos análisis del trabajo y del salario y por supuesto de las crisis, los cambios tecnológicos y los movimientos coyunturales de larga duración.<sup>22</sup>

No es una casualidad que sean los economistas quienes se interesen por las crisis, el sub-desarrollo o la moneda, que van al encuentro de la historia. Incluso los economistas neo-clásicos, como Schumpeter o Milton Friedman no escaparon a ello. El primero no puede explicar los ciclos, y el movimiento del capitalismo, sin introducir la historia de las técnicas, la mentalidad particular del empresario y el advenimiento fáctico de las innovaciones. El segundo, interesándose por la moneda, recurre tanto a la historia para fundar su teoría como a su teoría para explicar la historia monetaria de Estados Unidos. La moneda no puede reducirse a una pura funcionalidad, tiene por ese hecho una historia. Esa historia, si uno se detiene en ella con la seriedad del historiador, como lo hace Jean-Michel Servet,<sup>23</sup> se vuelve sorprendentemente rica y a veces desconcertante para el economista.

La economía del desarrollo, por su parte, no puede constituir la economía de la historia. Todos los especialistas del tema (pensemos en François Perroux, Jacques Austry o Philippe Hugon, en Francia) consagran amplios desarrollos

21. Véase el curioso estudio de François-Xavier Verschave, *Libres leçons de Braudel*, París, Syros, 1994.

22. Boyer, "L'économie, peut-elle...".

23. J. M. Servet, *Nomismata: L'Etat et l'origine de la monnaie*, Lyon, 1984. O Pierre Vilar en su *Oro y moneda en la historia*, Barcelona, Ariel, 1972.

para las especificidades de las sociedades no occidentales, para sus culturas, para sus mentalidades, para las prácticas económicas tradicionales, para la historia de la colonización, para las relaciones desiguales de dominación o de intimidación, etcétera. Parece imposible explicar la situación del Tercer Mundo sin esas referencias a la historia y a la geografía; es impensable remediar las calamidades del subdesarrollo sin conocer esa situación, sin adaptar modelos e instrumentos al estado cultural, técnico, en síntesis, histórico, existente. Como mínimo, se debe explicar —como lo hizo Rostow— el no-desarrollo como un atraso, apoyado sobre las mentalidades, las políticas erróneas, es decir el desconocimiento de la racionalidad económica (siempre el núcleo duro).

Sin embargo, en la lógica económica estricta, la de Hicks, Schumpeter o Rostow, el subdesarrollo sigue siendo una historia contingente. Es, para retomar la expresión de Colin Clark, “una extraordinaria herejía”. De esta manera, no es una “economía” del imperialismo, sino más bien una Sociología de los imperialismos la que escribirá Schumpeter.<sup>24</sup> El plural es muy revelador de la contingencia de las situaciones irracionales, producto de supervivencias y de equivocaciones. Ese destino de ilegitimidad de la economía del desarrollo desde la mirada de la ortodoxia económica golpea también los trabajos sobre la crisis o la moneda que no se limitan a denunciar las diferencias de conducta entre la realidad observable y la racionalidad económica. La historia no es más que el conjunto de secuelas de una modernidad nunca terminada. La economía realizándose anuncia el fin de la historia en el mismo sentido en que el filósofo Francis Fukuyama le dio a esta expresión.

### *Conclusión*

Para concluir, quisiéramos defender un retorno a la posición de Max Weber. No se trata de negarle todo el valor y todo el alcance a las teorías económicas dominantes. El mundo en que vivimos fue en parte instituido por esas propias teorías, porque los que decidían lo quisieron así (pensemos en la política de las instituciones de Bretton Woods) y también porque nuestro imaginario está fuertemente impregnado de las ideas y de las representaciones relacionadas con el núcleo duro. Por otra parte, esas teorías no deben ser tomadas como dinero contante. Hay que restituir las históricamente, es decir, desconstruirlas, mostrar los intereses del conocimiento en juego, en síntesis, integrar la ciencia económica en una vasta hermenéutica. A menudo, los modelos económicos tienen el valor de anti-modelos. Es el caso, por ejemplo, del dilema del prisionero. Pueden servir para delimitar la realidad socio-histórica poniendo de relieve la distancia diferencial de los hechos con respecto al esquema naturalista/utilitarista. Por supuesto que se debe pagar un precio

---

24. Latouche, “Les ruses de la raison et...”.

para esta investigación interdisciplinaria, y no hablemos de la exclusión de los indisciplinados. Una *megateoría* de la dinámica social al estilo Max Weber no entra en el marco de las tecnociencias contemporáneas. En un mundo tecnificado, ciego ante sus fundamentos, la ignorancia es en cierta medida la condición de la eficiencia a corto plazo. Es absolutamente imposible derivar de una visión holística las proposiciones concretas de acción instrumental. Antes que poner en duda el espacio tecnocrático, muchos pensarán que es mejor una teoría muy imperfecta pero útil que una reflexión que sólo desemboca en lo inmediato en una satisfacción intelectual, una mercancía que por cierto no está en su punto más alto. Esta no es la convicción de los miembros del movimiento anti-utilitarista en las ciencias sociales (MAUSS).

Rompiendo con el paradigma utilitarista en un sentido amplio, es decir rompiendo con el presupuesto del *homo oeconomicus*, los fundadores del MAUSS trabajan más que en la elaboración de otra economía política, en la desconstrucción de la autonomía de la esfera económica y en un retorno al proyecto implícito de Max Weber. El recurso a la antropología aparece como previo a toda *historización* de la economía.

Seguramente, cierta antropología buscó, con el estructuralismo, liberarse también de la historia. La utilización masiva del paradigma de la dádiva como alternativa al mercado por parte de ciertos anti-utilitaristas encierra quizás el peligro de olvidar otra vez la historia. Sin embargo, ese peligro, el de una *normalización* que acecha todo saber crítico, no está verdaderamente a la orden del día.

### RESUMEN

*La ambición de historizar la teoría o paralelamente de cientificar la historia económica es una constante de la historia de la economía.*

*La economía y la historia están condenadas a buscarse o intentar diversas aproximaciones e incluso a plantear relaciones. Estas relaciones, sin embargo, están siempre condenadas al fracaso. Los equívocos de esa cohabitación difícil y conflictiva constituyen un largo e inevitable malentendido, pero si bien hay razones fundamentales para esta no-relación, también las hay para la imposibilidad de un divorcio.*

*El artículo muestra por medio del análisis de ejemplos —en particular el de la escuela regulacionista y el de la escuela de Max Weber— por qué y cómo la apuesta de los economistas de desembarazarse de la historia resulta imposible y condena a quienes la intentan a transitar el camino de la heterodoxia.*

### ABSTRACT

*The ambition to make theory more historical or likewise to make economic history more scientific is a constant factor in economic history.*

*Economics and history are condemned to seek each other out or to attempt different kinds of approximation and even to propose relationships. Such relationships are, however, always condemned to failure. The mistakes in this difficult, troubled cohabitation amount to a long, inevitable misunderstanding, but although there are fundamental reasons for this non-relationship, there are also others that make divorce impossible.*

*Through an analysis of examples—in particular that of the regulationist and the Max Weber schools—the article shows why and how the economists' objective of getting rid of history is impossible and condemns those who attempt to follow the heterodox path.*